

La perspectiva continental: entre la unidad nacional y la unidad de América Latina[•]

Alexander
Betancourt
Mendieta

Profesor e investigador adscrito a la Coordinación de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí (San Luis Potosí, México). Licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad de Caldas (Manizales, Colombia) y Maestro y Doctor en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México (México D. F., México). Responsable del Cuerpo Académico Consolidado: *Estudios Regionales y de Frontera Interior en América Latina* (UASLP-CA-189), y miembro del Grupo de Investigación *Historia, Trabajo, Sociedad y Cultura* (Categoría A1 en Colciencias). Algunas de sus últimas publicaciones son: “Pasado nacional y revisionismo histórico: lecturas sobre la Independencia en los años sesenta en Colombia y México”, en *Estudios comparados de historia moderna y contemporánea. El caso de México y Colombia*, comp. Renzo Ramírez Bacca (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2011), 101-126; y “Región y Nación: dos escalas sobre un tema de estudio”, *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad* 130 (2012): 25-68. alekosbe@uaslp.mx

ARTÍCULO RECIBIDO: 1º DE JUNIO DE 2012

APROBADO: 29 DE NOVIEMBRE DE 2012

MODIFICADO: 18 DE ENERO DE 2013

DOI: 10.7440/HISTCRIT49.2013.07

• Este artículo es producto del proyecto de investigación “Latinoamericanismo, Panamericanismo y Conmemoraciones: Estudios Comparados en América Latina, 1940-1970”, financiado por CONACYT, México (SEP-CONACYT CB 2011-01-169248).

La perspectiva continental: entre la unidad nacional y la unidad de América Latina

RESUMEN:

El artículo presenta el desenvolvimiento de una idea: la unidad continental americana como un objeto de estudio en la historia intelectual latinoamericana del siglo xx. Para ello, presenta tres etapas: la idealista, que arranca con José Enrique Rodó; el enfrentamiento entre el panamericanismo y el americanismo, que brota de la oposición al imperialismo y la reivindicación del mestizaje; y la confrontación entre las políticas para implantar el desarrollo y la reivindicación de la unidad continental impulsada al calor de la Revolución Cubana. El trabajo hace énfasis en esa zona gris que se abre hoy, marcada por el cuestionamiento abierto a la unidad nacional como paradigma; es decir, propone una pregunta acerca de la pertinencia política e intelectual de un tema.

PALABRAS CLAVE: *América Latina, historiografía, historia cultural.*

The continental perspective: between national unity and the unity of Latin America

ABSTRACT:

The article presents the development of an idea: American continental unity as an object of study in Latin American intellectual history of the twentieth century. To achieve this, the article is organized in three stages: the idealist, which starts with José Enrique Rodó; the confrontation between Pan-Americanism and Americanism, which rises from the opposition against imperialism and the revindication of mixed heritages (mestizaje); and the confrontation between policies to implement development and revindicate continental unity driven by the Cuban Revolution. The paper emphasizes that gray area that emerges today, marked by an open questioning of national unity as a paradigm; in other words, the paper sets forth a question regarding the political and intellectual relevance of a topic.

KEYWORDS: *Latin America, historiography, cultural history.*

A perspectiva continental: entre a unidade nacional e a unidade da América Latina

RESUMO:

O artigo apresenta o desenvolvimento de uma ideia: a unidade continental americana como um objeto de estudo na história intelectual latino-americana do século xx. Para isso, apresenta três etapas: a idealista, que inicia com José Enrique Rodó; o enfrentamento entre o panamericanismo e o americanismo, que se origina da oposição ao imperialismo e da reivindicação da mestiçagem; e o confronto entre as políticas para implantar o desenvolvimento e a reivindicação da unidade continental impulsionada no calor da Revolução Cubana. O trabalho enfatiza essa zona cinza que se abre hoje, marcada pelo questionamento aberto à unidade nacional como paradigma, isto é, propõe uma pergunta sobre a pertinência política e intelectual de um tema.

PALAVRAS-CHAVE: *América Latina, historiografia, história cultural.*

La perspectiva continental: entre la unidad nacional y la unidad de América Latina

INTRODUCCIÓN

Hace unos años, Luis Tejada Ripalda planteó la pregunta acerca de las razones que impedían el desarrollo de estudios analíticos sobre los textos y autores que habían hecho énfasis en el tema de la unidad continental de América Latina¹. La comprobación más o menos inmediata que se puede encontrar es que hay una abundante cantidad de trabajos que podrían clasificarse como americanistas porque asumen la perspectiva de que “América es una nación” o que debería tratarse “como una nación”. Esta bibliografía se fundamenta en la comprobación, reiterada en el tiempo, que existen rasgos comunes a lo largo y ancho del territorio continental bajo dominio español: lengua, religión, una historia compartida que se manifiesta a través de problemas políticos parecidos; es decir, hay una serie de acontecimientos que justifican la existencia de una fuerte corriente de ideas que asume la presencia incuestionable de una unidad continental; lo que, a su vez, permite formular y tratar de impulsar una política a favor del nacionalismo continental, desde el período de la Independencia hasta el presente.

Por eso, el artículo presenta el desenvolvimiento de una idea: la unidad continental americana como un objeto de estudio en la historia intelectual latinoamericana del siglo XX. Para ello, propone tres etapas: la idealista, que arranca con José Enrique Rodó; el enfrentamiento entre el panamericanismo y el americanismo, que brota de la oposición al imperialismo y la reivindicación del mestizaje; y la confrontación entre las políticas para implantar el desarrollo y la reivindicación de la unidad continental impulsada al calor de la Revolución Cubana. El trabajo hace énfasis en esa zona gris que se abre hoy, marcada por el cuestionamiento abierto a la unidad nacional como paradigma; es decir, propone una pregunta acerca de la pertinencia política e intelectual de un tema.

1. LA CUESTIÓN CONTINENTAL EN EL SIGLO XIX

La existencia de proyectos políticos que consideran la unidad continental, como lo señala Tejada Ripalda, no significa que haya sido exitosa ni que se haya entendido siempre de la

1 Luis Tejada Ripalda, “El americanismo: consideraciones sobre el nacionalismo continental”, *Cuadernos Americanos* 4: 82 (2000): 180-216.

misma forma. La situación del siglo XIX plantea condiciones distintas a las que se vivieron en el XX. Durante los primeros años de la actividad independentista, en los ámbitos militar y político-administrativo, los cargos de responsabilidad y de representación en algunas coyunturas relacionadas con las garantías militares y económicas en los inicios del proceso de construcción de las nacientes repúblicas fueron otorgados a individuos que no eran originarios del lugar en donde ejercieron su responsabilidad administrativa; los primeros presidentes del Perú, por ejemplo, no fueron originarios de aquel territorio: José de San Martín (1821-1822); José de La Mar (1822-1823; 1827-1829); Simón Bolívar (1824-1827) y Andrés de Santa Cruz (1826-1827). Estas decisiones demostraban que la noción de extranjería dentro del ámbito americano no representó un problema en aquel momento porque importaba más salvar la circunstancia y expresaba la poca fuerza que en ese momento había alcanzado la idea de la unidad nacional. Esta situación tan extraordinaria trató de mantenerse en algunos proyectos legislativos que plantearon la creación de una ciudadanía continental, como aquella que promovió la Constitución Argentina de 1822 y la que se proyectaba aprobar en el Congreso Anfictiónico de Panamá, en 1826².

En la segunda mitad del siglo XIX, las agitadas condiciones promovidas por el avance de Estados Unidos hacia el oeste y los intentos de reposicionamiento de las monarquías europeas crearon las condiciones para tratar de consagrar el nacionalismo continental. Uno de los principales impulsos para que esta posibilidad se abriera paso tenía que ver con las tensiones ocasionadas por la expansión territorial de Estados Unidos de América en el norte del continente, que se hizo manifiesta desde los años treinta del siglo XIX cuando dicho avance fue más allá del río Mississippi, avance impulsado por la presión demográfica, la disponibilidad de tierras vírgenes que planteaban la probabilidad de ampliar la agricultura y de encontrar riquezas minerales, lo que aumentaba las posibilidades para el comercio y la especulación. Estos factores encontraron soporte en la difusión de las ideas en torno al *Manifest Destiny*, en donde se planteaba que Estados Unidos tenía la misión de dominar toda la extensión territorial de América del Norte para fomentar los valores de la libertad y la democracia; la mejor muestra de dicho cometido era la expansión transcontinental que tomó forma entre 1836 y 1853³.

2 Ver: "Bases de la delegación colombiana para redactar los tratados del Istmo. Panamá, junio de 1826", en *Documentos sobre el Congreso Anfictiónico de Panamá*, comp. Germán A. de la Reza (Caracas: Fundación Biblioteca Ayacucho/Banco Central de Venezuela, 2010), 171.

3 Frederick Jackson Turner, "The Significance of the Frontier in American History (1893)" y "The Problem of the West (1896)", en *Rereading Frederick Jackson Turner. The Significance of the Frontier in American History and Other Essays*, ed. John Mack Faragher (Nueva York: Henry Holt and Company, 1994), 31-60 y 61-76; Robert D. Sampson, *John L. Sullivan and His Times* (Kent: The Kent State University Press, 2003); Cristina González Ortiz, "La última frontera", y Guillermo Zermeño Padilla, "La política de la Edad del Oropel", en *Estados Unidos, síntesis de su historia II*, vol. 9 (México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora/Alianza Editorial, 1988), 49-69 y 71-86.

El avance hacia el oeste llevó al enfrentamiento con México entre 1846-1848, conflicto que concluiría con el tratado Guadalupe Hidalgo (1848), sin que ello implicara que los gobernantes estadounidenses modificaran la mirada expansionista, ya que en la década posterior a la guerra entre ambos países se firmaron dos tratados más, donde se buscaba justificar otros proyectos expansionistas: el tratado de La Mesilla (1853) y el tratado McLane-Ocampo (1859), que pusieron énfasis en las pretensiones territoriales que tenía Estados Unidos sobre diferentes territorios mexicanos⁴. Esta expansión enfrentó una pausa gracias a la guerra de Secesión (1861-1865), pero una vez concluidos los conflictos internos y saldadas las dificultades económicas, retomó sus proyectos expansionistas, ya que Estados Unidos se estableció en Hawái y en una parte del archipiélago de Samoa, de los que tomarían posesión a fines del siglo XIX.

La dinámica expansionista de Estados Unidos era parte de las transformaciones que vivieron los proyectos coloniales patrocinados por Estados europeos como Inglaterra y Francia, que durante una buena parte del siglo XIX habían fomentado la posesión de tierras a través de empresas colonizadoras que esgrimían primordialmente la bandera del interés comercial. Las sospechas de una probable invasión europea en América, que se concretó en la irrupción francesa a México entre 1862 y 1867, y los intentos españoles de incursión en las costas de Perú y Chile en 1868 generaron un importante impulso a las relaciones interamericanas para la defensa de la integridad nacional con base en la preservación de la unidad continental, como puede colegirse de la convocatoria a los diferentes congresos americanos de Lima y Santiago⁵, que sirvieron de fundamento para la creación de corporaciones como la Sociedad Unión Americana, fundada en Santiago de Chile en 1862, a través de las cuales se establecieron contactos y apoyos a los líderes de los grupos liberales del continente. En este sentido, es particularmente llamativo el respaldo que recibió el gobierno de Benito Juárez durante la invasión francesa. Además de los intentos por reconocer la legitimidad del gobierno juarista a través del envío de diplomáticos que trataban de contactarse con el gobierno itinerante desde Washington y Nueva York, una vez concluida la lucha militar contra el invasor francés, Benito Juárez recibió toda clase de reconocimientos, como el que

4 Ramón Alcaraz et al., *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos (edición facsimilar de la de 1848)* (México: Siglo XXI, 1970); Enrique Rajchenberg y Catherine Héau-Lambert, "El septentrión mexicano entre el destino manifiesto y el imaginario territorial", *Journal of Iberian and Latin American Studies* 11: 1 (2005): 1-40; Luis Berlandier y Rafael Chovell, *Diario de viaje de la Comisión de Límites* (San Luis Potosí: El Colegio de San Luis, 2010 [1850]).

5 Remítirse a Robert W. Frazer, "The Role of the Lima Congress, 1864-1865, in the Development of Pan-Americanism", *The Hispanic American Historical Review* 29: 3 (1949): 319-348; Aimer Granados, "Congresos e intelectuales en los inicios de un proyecto y de una conciencia continental latinoamericana, 1826-1860", en *Construcción de las identidades latinoamericanas. Ensayos de historia intelectual, siglos XIX y XX*, coords. Aimer Granados y Carlos Marichal (México: El Colegio de México, 2004), 39-69.

le hizo el Congreso de Colombia en 1865: “por su constancia en defender la libertad e independencia de México”, y declaraba que este ciudadano “ha merecido el bien de la América”⁶.

De esta manera, grupos e individuos reconocidos defensores de las ideas liberales en el subcontinente latinoamericano dieron a conocer, por todos los medios accesibles, sus reflexiones sobre el presente y el futuro de las nacientes repúblicas, y establecieron con ello las justificaciones necesarias para el accionar político al interior y hacia el exterior de estos Estados. En este horizonte se inscribe la actividad diplomática y propagandística de la etapa liberal del neogranadino José María Samper, que propugnaba precisamente la unidad continental a partir del diagnóstico que hizo de las dificultades que tenían los nuevos estados nacionales para la aplicación de los principios republicanos, en un libro como *Ensayos sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas (hispano-americanas)* (1861). Las ideas de Samper coincidían con las reflexiones del chileno Francisco Bilbao, que con toda lucidez indicó las razones por las que se dio la invasión francesa a México y, por eso, hizo un llamado a la solidaridad, en obras como *La América en peligro* (1862) y *El evangelio americano* (1864)⁷.

Las reacciones latinoamericanas eran respuestas a la estrategia estatal del modelo colonizador europeo de la segunda mitad del siglo XIX, que consistía en reducir al mínimo la intervención militar y política de los estados que patrocinaban estas políticas; sin embargo, después de 1885 se desató una verdadera carrera para tomar posesión de los terrenos “libres” de ultramar, fomentada por los gabinetes de Inglaterra, Francia, el Reich alemán, Austria-Hungría y Rusia, a cuyas políticas se unirían poco a poco Japón y Estados Unidos. El giro consistía en la persecución sistemática de nuevos territorios para colonizar, con el patrocinio a través de recursos de los estados nacionales —ejércitos y fondos estatales— justificados por un nacionalismo creciente en radicalismo, que se convertiría rápidamente en imperialismo⁸. En este contexto, Estados Unidos, para justificar su posición ante las relaciones con los países de América Latina, hizo énfasis en la Doctrina Monroe, para alejar a los posibles competidores. La estrategia estadounidense tomó forma en dos proyectos: las Conferencias Panamericanas —la primera de diez conferencias se realizó en Washington en 1889, hasta la décima, que se realizó en Caracas en 1954— y la declaratoria de guerra contra

6 “Documentos Importantes: Decreto del 2 de mayo de 1865”, *La Sombra de Zaragoza. Periódico Oficial del Estado*, San Luis Potosí, 20 de abril de 1867, 4.

7 Véase: Ricardo López Muñoz, *La salvación de la América. Francisco Bilbao y la intervención francesa en México* (México: Centro de Investigación Científica Ing. Jorge L. Tamayo A. C., 1995); Alexander Betancourt Mendieta, “Una mirada al hispanoamericanismo en el siglo XIX: las observaciones de José María Samper”, *Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies/ Revue Canadienne des Études Latino-Américaines et Caraïbes*, 32: 63 (2007): 111-145.

8 Wolfgang J. Mommsen, *La época del imperialismo. Europa 1885-1918* (México: Siglo XXI, 2004).

España (1898), con la cual se instituyó la independencia de Cuba, y el país del norte tomó posesión de Puerto Rico, Filipinas y Guam⁹.

La cuestión continental a principios del siglo xx: la etapa idealista

En las primeras dos décadas del siglo XX resalta en el ámbito latinoamericano la pertinencia del discurso americanista sobre la base de una visión del subcontinente con relación a la situación mundial y el equilibrio que debía alcanzarse en esas circunstancias. El discurso americanista se inscribe en dos frentes: el primero, las reacciones que suscita el avance de Estados Unidos sobre el subcontinente a través de la política del Panamericanismo, que exaltaba a Estados Unidos como el único foco de “civilización y de energía”. El segundo frente señala la necesidad del equilibrio mundial, ya que en una época de fuerte empuje del nacionalismo imperial, América Latina se ubicaba como un botín dentro de las disputas por la hegemonía mundial entre las potencias europeas y Estados Unidos; por eso, América Latina debía aparecer “libre y unida”, lo cual significaba que debía poner en discusión la existencia nacional en un momento apremiante sobre las definiciones políticas y culturales ante el embate de una política imperial internacional y las crisis que iban a impulsar las consecuencias de la Primera Guerra Mundial.

Tales circunstancias plantean como una de las primeras tareas del mundo letrado latinoamericano dirigir sus esfuerzos a la realización de un diagnóstico nacional, que tendría consecuencias sobre el sentido mismo de la mirada continental. La coyuntura de la conmemoración del Centenario de la Independencia permitió que las repúblicas se preocuparan por realizar un balance general de su pasado y de su presente; por eso, organizaron eventos internacionales y participaron en ellos para exhibir los avances del progreso a través de la variedad de productos que habían llegado a ser capaces de elaborar con la implementación de la tecnología más avanzada de la época; también aprovecharon estos espacios para dar a conocer información relativa al estado en que se hallaban los recursos naturales y económicos, las poblaciones y los materiales artísticos¹⁰.

Desde la segunda mitad del siglo XIX, en toda América Latina la construcción nacional se hizo con base en la noción de la integración y la solidaridad dentro de un espacio soberano

9 Josefina Zoraida Vázquez, “Relaciones interamericanas e intervencionismo”, en *Historia General de América Latina VI: la construcción de las naciones latinoamericanas, 1820-1870*, eds. Josefina Zoraida Vázquez y Manuel Miño Grijalva (Madrid: Ediciones UNESCO/Editorial Trotta, 2003), 501-522; Luis Claudio Villafañe Santos, “Las relaciones interamericanas”, y Waldo Ansaldi, “El imperialismo en América Latina”, en *Historia General de América Latina VII: los proyectos nacionales latinoamericanos: sus instrumentos y articulación*, eds. Enrique Ayala Mora y Eduardo Posada Carbó (Madrid: Ediciones UNESCO/Editorial Trotta, 2008), 311-330 y 331-369.

10 Ver: Tomás Pérez Vejo, “Los centenarios en Hispanoamérica, la historia como representación”, *Historia Mexicana* LX: 1 (2010): 7-29. Esta dinámica tenía una tradición desde mediados del siglo XIX, como lo muestra Mauricio Tenorio Trillo, *Artifugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880-1930* (México: FCE, 1998).

fundado en una cultura común, coherente y bien organizada. El desenvolvimiento exitoso de la consolidación del Estado tuvo muchos factores de apoyo; uno de ellos fue el papel de los hombres de letras, especialmente cuando el Estado llegó a consolidar una imagen inclusiva de la nación a partir de la utilización de trabajos como los relatos sobre el pasado, novelas, poesías, que fueron consideradas como uno de los modos más eficaces de la representación nacional. De esta manera, las reflexiones en torno al “ser nacional” encontraron problemas como la unidad (la existencia de rasgos comunes que pueden reconocerse por igual en los connacionales de todas las regiones y todos los tiempos) y la exclusividad (que tales rasgos distinguen a sus miembros de otras comunidades nacionales); sin embargo, ninguno de estos dos aspectos centrales en las argumentaciones sobre el problema nacional puede verificarse en las historias nacionales de los países latinoamericanos. Basta asumir la dificultad que representa insistir en el rasgo diferenciador de la lengua o la religión como un carácter exclusivo de determinada nación latinoamericana, para ver el conflicto de la diferenciación. Más bien, este tipo de características generales favorecieron el importante impulso a la idea de una comunidad de alcance continental, que, como se ha indicado antes, explica las formas que adoptó el desenvolvimiento del discurso continental que fue promovido a la sombra del avance de Estados Unidos¹¹.

Las contradicciones y el carácter metafísico de la reflexión sobre la nación —vista desde nuestra temporalidad— plantean la necesidad de preguntarse por las razones que posibilitaron la existencia de este tipo de obras en toda América Latina a principios del siglo XX. Una vez surgidos los proyectos políticos consolidados de las diferentes guerras civiles vividas por la mayoría de las repúblicas latinoamericanas, se implantó el apremio para construir un Estado nacional secular; es decir, un Estado formado por individuos libres, iguales ante la ley, ya que debían regirse por un estatuto civil regulado por el Estado, libres para buscar sus intereses y cuya principal lealtad debía dirigirse a la nación¹². La constitución de la nación se convirtió en una de las principales tareas del Estado naciente. Por eso, la preocupación sobre “el ser nacional” tuvo justificación en el impulso que tenía la integración del Estado.

Ahora bien, la cuestión no era nueva en los procesos históricos latinoamericanos. El problema de construir la nación se planteó desde el momento mismo de las luchas de Independencia y tomó un segundo aire en la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX, que permitió el planteamiento de la uniformidad étnica y cultural como caracterización nacional; buenos ejemplos de ello

11 Elías Palti, *La nación como problema. Los historiadores y la “cuestión nacional”* (Buenos Aires: FCE, 2003).

12 Charles A. Hale, “Ideas políticas y sociales en América Latina, 1870-1930”, en *Historia de América Latina. 8: América Latina: cultura y sociedad 1830-1930*, ed. Leslie Bethell (Barcelona: Crítica, 1991), 1-64; Mónica Quijada, “¿Qué nación? Dinámicas y dicotomías de la nación en el imaginario hispanoamericano”, en *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*, coords. Antonio Annino y François-Xavier Guerra (México: FCE, 2003), 287-315.

se encuentran en Perú, México y Argentina. Por un lado, se territorializó la historia de acuerdo con las recién establecidas fronteras de los nuevos estados nacionales; por otro, se hizo énfasis en los legados de lo que se consideraba lo autóctono como base constitutiva de la nación, tal como ocurrió con el tema del gaucho y la evocación reiterada sobre la grandeza del pasado indígena, como sucedió con los imperios incaico y mexica. Menos evidente fue el hecho de que también se planteara la idea de un alma nacional que coexistía con una comunidad supranacional que funcionaba como un referente operativo y que tuvo usos diversos en ciertas circunstancias¹³.

Las obras de Alcides Arguedas y Francisco García Calderón son ejemplos de las circunstancias señaladas, porque corresponden a una serie de tareas que las condiciones nacionales e internacionales impulsaron. Puede destacarse en ambos la necesidad de formular la integración nacional, de constituir un núcleo dirigente que promoviera reformas dentro del Estado, pero, sobre todo, tienen la preocupación de construir un discurso que facilitara la evaluación de la historia, de los males presentes y de la definición de los sujetos y los objetivos que permitieran formular un nuevo proyecto nacional.

La pluma de Alcides Arguedas (1879-1946) fue siempre combativa y conflictiva. Desde su primera etapa como novelista se caracterizó por una actitud de francotirador con respecto a la sociedad paceña, y vislumbró la noción de que el hombre de letras debía realizar “el diagnóstico” de la sociedad en la que vive y tratar de “curar” lo que no se encuentre bien, a partir de la fuerza que tiene el trabajo intelectual, porque “escribir no es un asunto privado sino una responsabilidad pública y, escribir con talento y hondura, es una verdadera necesidad [porque el escritor] debe saber interpretar las ansias colectivas del pueblo”¹⁴. Esta caracterización del trabajo letrado toma forma en la publicación de la obra *Pueblo enfermo* (1909), donde Arguedas indicó cómo los estudios literarios y artísticos, además de ser expresión de la madurez de una “civilización original”, también sirven para que “[...] puedan deducirse conclusiones preciosas respecto de los impulsos e inclinaciones que agitan el alma de un grupo. La mejor obra literaria será, por lo tanto, aquella que mejor ahonde el análisis del alma nacional y la presente en observación intensa, con todas sus múltiples variaciones”¹⁵; es decir, es una herramienta fundamental de comprensión de la realidad nacional.

13 Tomás Pérez Vejo, “La construcción de las naciones como problema historiográfico. El caso del mundo hispánico”, *Historia Mexicana* LII: 210 (2003): 275-311.

14 Juan Albarracín, *Alcides Arguedas: la conciencia crítica de una época* (La Paz: Universo, 1970), 306-307; Alexander Betancourt Mendieta, “La construcción del pasado nacional en Alcides Arguedas. Convicciones sobre el papel de la escritura”, *Bolivian Studies Journal* 11 (2004): 24-47.

15 Alcides Arguedas, *Pueblo enfermo: contribución a la psicología de los pueblos hispano-americanos* (Santiago de Chile: Ercilla, 1937), 246.

Por su parte, la obra del escritor peruano Francisco García Calderón (1883-1953) es muy importante para aproximarse a las condiciones del pensamiento latinoamericano de principios del siglo XX. Francisco García Calderón pasó la mayor parte de su vida en París. Si bien está condición le permitió vivir de primera mano acontecimientos como los de la Primera y Segunda guerras mundiales y una amplia gama de coyunturas que afectaron a Europa, también es evidente que esta situación inquietó toda su obra. Tales particulares circunstancias llevaron a reorientar paulatinamente el horizonte de preocupaciones del hombre de letras peruano. Si bien en su juventud se interesó por impulsar una comprensión del devenir nacional y del subcontinente latinoamericano, en su madurez y vejez, su pluma se inclinó más por la coyuntura europea y algunas notas cargadas de nostalgia afectadas por la enfermedad.

La obra de Francisco García Calderón permaneció en un ostracismo en el ámbito latinoamericano, no sólo por las vicisitudes de la vida del escritor peruano. Tal marginalidad también le debe mucho a las interpretaciones que planteaba la interesante obra de juventud de García Calderón. Algunas de sus elucidaciones fueron acogidas como parte de un conjunto en apariencia homogéneo de actitudes políticas que fueron calificadas en Perú como reaccionarias y marginales. Desde los años treinta, en Perú se forjó una sombra de sospecha sobre la llamada “generación del 900” y se relegó el quehacer intelectual de hombres como José de la Riva Agüero, Víctor Andrés Belaúnde, Julio C. Tello y los hermanos Ventura, y Francisco García Calderón, entre otros más, que publicaron la mayor parte de su producción intelectual a principios del siglo XX¹⁶.

El ciclo inicial de la obra de Francisco García Calderón se enmarca en un interés particular enunciado en la Introducción de *La creación de un continente*:

“Este libro condena la enemistad artificial y renuncia á la utopía. Respeta los intereses creados, los límites centenarios y sugiere la formación de un continente armonioso. Traduce en el orden moral, el imperativo geográfico. Aspira modestamente á continuar la obra de los que unificaron, con vigor formidable, la raza y la lengua, el derecho y la moral, la familia y la fe, el sistema político y el ideal necesario; de los Conquistadores y de los Libertadores, de los graves juristas y de los doctores minuciosos, de cuantos lucharon, con ardor quijotesco, á través de la hirsuta montaña, de los ríos violentos y de la planicie infinita, por la América, dueña y querida ideal”¹⁷.

El claro sentido de utopía que establecen estas palabras enuncia un programa de trabajo, pero sobre todo manifiesta uno de los problemas más sentidos de la época: la tensión entre el americanismo y el nacionalismo. La tarea propuesta en estas líneas de García Calderón se inscribe en

16 Pedro Planas, *El 900. Balance y recuperación* (Lima: CIDTEC, 1994): 13-28.

17 Francisco García Calderón, *La creación de un continente* (París: Librería Paul Ollendorff, 1913), XIII.

una tradición y un modo de entender el mundo. Tales planteamientos sobre la unidad americana propuestos por García Calderón deben mucho a la herencia de la obra de José Enrique Rodó, *Ariel* (1900), que pretendían proporcionar dignidad histórica a las herencias latinoamericanas. Se forjaron de nuevo el interés por el establecimiento de “La Patria Grande” y la reflexión sobre el desenvolvimiento del nacionalismo y las implicaciones que se derivaban de las concepciones de la nacionalidad, como lo demuestra el ciclo inicial de la obra de Francisco García Calderón. La motivación con la que empieza *El Perú contemporáneo* (1909) establece que:

“El nombre de América ya no tiene el mismo significado que antes. Hoy se aplica especialmente a los Estados Unidos, crisol de la civilización occidental y potencia mundial por su riqueza e imperialismo. Llamamos ‘americanismo’ a un sentido especial de la cultura y la vida; es el materialismo, el culto de interés, un ideal de fuerza y lucha. [...] Hay otra América, más joven que la del norte, y que ofrece otras características de tradición y raza [...] Estas naciones son repúblicas, y repúblicas latinas. El nuevo continente presenta, así pues, al margen de los Estados Unidos, características originales”¹⁸.

García Calderón comienza el análisis de la realidad peruana en el marco de una interpretación del presente de la unidad continental. Sin embargo, su tarea va más allá del simple diagnóstico, ya que, al menos como había ocurrido con otros hombres de letras del siglo XIX, su obra registra la necesidad de recuperar la particularidad americana, de realizar una diplomacia de la inteligencia a través de la publicación de obras que explicaran las peculiaridades de estas centenarias naciones al público lector de Francia, Inglaterra y España. Francisco García Calderón coincidía en ello con otros contemporáneos como Manuel Ugarte y Rufino Blanco Fombona, quienes creían en la tradición del americanismo como un dato incuestionable. Por eso, propusieron el fomento de una política de “grandes alianzas entre Europa y América y la aparición de la América, olvidada y enclaustrada, en el equilibrio político y moral del mundo”¹⁹. No obstante, al abordar estas propuestas se nota que el discurso sobre la realidad continental se hizo con base en un esfuerzo para reconocer la grandeza americana que toma el perfil concreto del espacio nacional.

Pese a las constataciones de García Calderón, pervivió un discurso americanista que surgió en los años veinte —después de los acontecimientos de la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa—, que trató de combinar la perspectiva internacionalista con el

18 Francisco García Calderón, *Obras escogidas I. El Perú contemporáneo* (Lima: Congreso de la República, 2001), 63.

19 Manuel Ugarte, “La defensa latina” (1901), en *La nación latinoamericana*, comp. Norberto Galasso (Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1978); Rufino Blanco Fombona, “La americanización del mundo” (1902), en *Ensayos históricos* (Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1981), 435-448; Francisco García Calderón, *Las democracias latinas de América*, trad. Ana María Delaitre Jullian (Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1979 [1912]).

americanismo, el indigenismo y el socialismo, que, en general, minimizaron los alcances que podría tener esta apuesta con el proyecto nacional, y llevó a formular proyectos como el aprismo y la unión centroamericana, hasta la idea de una revolución nacional-continental que tomaría más fuerza unas décadas después²⁰.

2. PANAMERICANISMO Y RESISTENCIA

La caracterización del discurso americanista en las dos primeras décadas del siglo XX es, en general, la exaltación que se hace de una historia compartida entre los núcleos que se desvincularon de la Corona de España en el siglo XIX. Al mismo tiempo, apela a la exaltación de una vocación universalista, en la medida que América debía abarcar múltiples herencias: la indígena, la española y la negra; pero sobre todo, resalta la insistencia en la unidad continental con base en una reconstrucción del sentido de la unidad social cultural y política de las naciones latinoamericanas bajo la apremiante premisa de salvar a la nación²¹. Esta necesidad imperiosa de “salvar a la nación” radicaba en el tipo de diagnósticos sobre la realidad nacional que realizaron algunos hombres de letras latinoamericanos en el marco del centenario de la Independencia. Tales análisis resaltaban, sobre todo, la presencia de tres procesos: el pesimismo sobre el mestizaje; la inmigración triunfante o fallida, y el reto económico, político y cultural que representaba el panamericanismo impulsado por Estados Unidos.

Desde 1898 en toda América Latina hubo una presencia generalizada de un sentimiento anti-norteamericano relacionado con las preocupaciones sobre la existencia de la soberanía estatal, especialmente desde los resultados de la guerra del 98 en Cuba y Puerto Rico, que se acentuó con la creación del Estado de Panamá y el control de la zona del Canal, que tuvo una pausa en el período de la Primera Guerra Mundial, pero que en la década de los veinte tomó nuevos impulsos gracias a la multiplicación de las intervenciones militares de Estados Unidos en la región.

El antiimperialismo evolucionó paulatinamente de la sanción idealista propuesta por Rodó hacia el antinorteamericanismo o “antiyanquismo” de los años veinte. En el primer momento, el antiimperialismo fue abanderado por los hombres de letras de la época de los centenarios de la Independencia, que encontraron en Rodó una fórmula para expresar las diferencias entre el Norte

20 Alexandra Pita González, *La Unión Latino Americana y el boletín Renovación. Redes intelectuales y revistas culturales en la década de 1920* (México: El Colegio de México/Universidad de Colima, 2009); Alexandra Pita González y Carlos Marichal Salinas, coords., *Pensar el antiimperialismo. Ensayos de historia intelectual latinoamericana, 1900-1930* (México: El Colegio de México/Universidad de Colima, 2012).

21 Irlomar Chiampi, “El discurso americanista de los años veinte”, *Eco. Revista de la Cultura de Occidente* XXXIII: 203 (1978): 1165-1180; Luis Tejada Ripalda, “El americanismo”, 180-216; José Carlos Mainer, “Un capítulo regeneracionista: el hispanoamericanismo 1892-1923”, en *La doma de la quimera. Ensayos sobre nacionalismo y cultura en España* (Barcelona: Universitat Autònoma de Barcelona, 1988), 83-134.

y el Sur del continente americano, y los derroteros que tomó la modernización de las sociedades latinoamericanas, como el ingreso de las multitudes en los procesos políticos aprovechando “los excesos de la democracia”²². En el segundo momento, una vez conocidos los triunfadores de la Primera Guerra Mundial y los resultados de la paz de Versalles, el movimiento de reforma estudiantil que cruzó América Latina de sur a norte desde 1918 tuvo como una de sus banderas un antiimperialismo que estructuró la idea de la unidad latinoamericana libre de acciones intervencionistas y de gobiernos dictatoriales apoyados en esas acciones; propuestas que no sólo se plantearon en el ámbito discursivo sino que también acompañaron el accionar político de movimientos nacionalistas, como la Revolución Mexicana, y apuestas internacionalistas, como el APRA, que abogaban simultáneamente por la defensa de la unidad nacional apegada a la reclamación de justicia social, con un espíritu de reivindicación de las tareas revolucionarias que no perdían de vista el espíritu internacionalista. Es decir, estos movimientos políticos buscaban la remoción de los nacionalismos oligárquicos, para impulsar la reforma social y la autodeterminación²³.

La obra de Haya de la Torre es el tipo de esfuerzos que condensa las tensiones que plantea la reivindicación de la unidad nacional y la unidad continental. Los planteamientos de Haya están relacionados estrechamente con el desenvolvimiento de la Tercera Internacional y la forma como sus preceptos se recibían en América Latina. También debían mucho a los debates con José Carlos Mariátegui, así como al desenvolvimiento de planteamientos como los de José Vasconcelos. En *El antiimperialismo y el APRA*, Haya plantea que el imperialismo subyuga a las naciones como el capitalismo lo hace con las clases trabajadoras; no obstante, el capital extranjero tiene el papel de ser el motor del progreso de las “economías feudalizadas” pero cuyo contrapeso debe ser la nacionalización de tierras e industrias; de tal manera que desde el ámbito nacional se hace la lucha contra el imperialismo, en donde se reivindica el nacionalismo indoamericano²⁴.

En los años veinte, Estados Unidos mantuvo incólume su derecho a intervenir en la política de los países de América Latina como parte de sus estrategias para preservar la seguridad interna y sus extensos intereses económicos, que, debido a los recelos que despertaba, fueron enfrentados mediante el impulso a políticas que fomentaran la “buena vecindad”. Esta dinámica buscaba que los gobiernos latinoamericanos se sintieran parte de un conjunto mayor a través

22 José Luis Romero, “Las ciudades masificadas”, en *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* (México: Siglo XXI, 1976), 319-389; Rafael Gutiérrez Girardot, *Modernismo. Supuestos históricos y culturales* (Bogotá: FCE/Universidad Externado de Colombia, 1987).

23 Gabriel del Mazo, comp., *La Reforma Universitaria. Documentos relativos a la propagación del movimiento en América Latina (1918-1927)* (La Plata: s/e, 1941).

24 Víctor Raúl Haya de la Torre, *El antiimperialismo y el APRA* (Santiago de Chile: Ercilla, 1937); Patricia Funes, *Salvar la nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos* (Buenos Aires: Prometeo, 2006), 205-258.

de la identificación común de amenazas para la seguridad hemisférica y el apoyo para acrecentar el desarrollo económico de los Estados latinoamericanos. Es por eso que en la Séptima Conferencia Panamericana, que se realizó en Montevideo en 1933, Estados Unidos afirmó la voluntad de renunciar a las intervenciones directas y quiso dar muestras de esa nueva política a través de diferentes actos como el retiro de los marines de Haití y la renuncia a las prerrogativas en República Dominicana. Estas medidas no bastaron para superar las reticencias latinoamericanas sobre la cooperación hemisférica, porque la preeminencia estadounidense se mantenía aún en el frente económico y político. La participación de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial llevó a un momento favorable para los países latinoamericanos que entraron en ella como “socios de la guerra” a favor de Estados Unidos, y con ello lograron apoyos para fomentar la industria nacional y deshacerse de los privilegios de algunas concesiones petroleras a través de las expropiaciones de las industrias petroleras.

3. LA CUESTIÓN CONTINENTAL A MEDIADOS DEL SIGLO XX

Una vez concluida la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos mantuvo las políticas generales de “buena vecindad”, a las que agregó un especial acento en mantener fuera del hemisferio cualquier posible influencia de potencias extracontinentales, a través del reforzamiento del sistema interamericano. Por eso, fomentó la creación de la Organización de los Estados Americanos (1948) y el establecimiento de alianzas militares como el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (1947); ambas estrategias no contemplaron ni la participación de América Latina en los planes de ayuda económica de la posguerra ni los efectos que sobre las industrias nacionales traería la interrupción de los controles de precios, lo cual generó muchas reacciones de descontento que aumentarían con las intervenciones “encubiertas”, como la que se hizo en Guatemala en 1954 en contra de Jacobo Arbenz, después de las expropiaciones a la United Fruit Co. De esta manera, las décadas comprendidas entre 1940 y 1970 fueron determinantes para los países latinoamericanos, ya que debían reposicionarse en el panorama de la Guerra Fría a partir del ajuste de ciertas políticas internas. Después del fortalecimiento de los estados nacionales en los años treinta, gracias al auge de las materias primas, el subcontinente participó activamente en la ejecución de los procesos de modernización de las esferas dependientes del Estado nacional, a través de la planeación económica, en busca del desarrollo y la ejecución de medidas para establecer un modelo político democrático con base en la incorporación de las directrices que planteaban las políticas del *Good Neighbor* que impulsó Estados Unidos en este mismo período.

Las políticas del *Good Neighbor* se habían presentado como herramientas que podían ayudar a enfrentar las transformaciones de las sociedades latinoamericanas, ya que a partir de los años cuarenta se modificaron los indicadores de población y educación, se generalizaron los procesos

de masificación de las ciudades y se consolidó la dinámica del paulatino abandono del campo²⁵. Estas políticas se inscribieron en las directrices del ideal panamericanista, forjado en Estados Unidos desde el siglo XIX, que, después de proponer diferentes proyectos, pudo institucionalizarse a través de la Organización de los Estados Americanos (1948); de tal forma que entre las décadas de 1940 y 1970, los países de América Latina consolidaron su vinculación a los planes económicos, políticos y culturales promovidos desde Estados Unidos²⁶.

En este contexto, las preocupaciones por acentuar las ideas y los modelos diferentes a los que promovía Estados Unidos impulsaron el interés por definir la identidad nacional y poner el énfasis en la necesidad de apreciar la unidad continental. Este interés invocó la forma del ensayo a partir del ejemplo dado por la publicación de *Ariel* (1900), que puede rastrearse a través de autores como Ezequiel Martínez Estrada y Octavio Paz, y el surgimiento de obras que harían énfasis en las particularidades de las sociedades latinoamericanas, como la historia de las ideas, las reflexiones sobre la filosofía latinoamericana y el llamado *boom* literario, que encarnó a partir de los años cincuenta en las obras de Miguel Ángel Asturias, Alejo Carpentier, Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa, Carlos Fuentes, y otros escritores más, a lo largo del subcontinente. Estas corrientes de ideas hicieron un particular énfasis sobre la necesidad de acotar el rostro de la identidad nacional y, en algunas ocasiones, dejaron claras las implicaciones del imperialismo estadounidense para el futuro de los proyectos nacionales²⁷.

Este tipo de ejercicios reflexivos suponían la movilización de referentes heterogéneos que se habían dado en el pasado, desde el ideario de José Martí y el arielismo rodoniano hasta las vetas que podían encontrarse en la recepción de las ideas socialistas; sin embargo, la condensación de estas corrientes de ideas en torno a las preocupaciones sobre el presente y el devenir continental se daría con la eclosión que significó la Revolución Cubana de 1959. Los impactos de este suceso y la dinámica que adquirió a través del contexto internacional de la Guerra Fría pusieron un importante énfasis en la necesidad de difundir una práctica política continental²⁸.

El triunfo de la Revolución Cubana en 1959 acentuó las políticas contrainsurgentes en América Latina —incremento en las ayudas militares—, pero ahora complementadas con el fomento a políticas

25 Claudio Véliz, comp., *Obstáculos para la transformación de América Latina* (México: FCE, 1969): 7-13.

26 Ann Van Wynen Thomas, *La Organización de los Estados Americanos* (México: UTEHA, 1968); Daniela Spenser, coord., *Espejos de la Guerra Fría: México, América Central y el Caribe* (México: CIESAS/SER/Miguel Ángel Porrúa Editor, 2004).

27 José Gaos, *Pensamiento de lengua española* (México: Editorial Stylo, 1945); Martin S. Stabb, *América Latina en busca de una identidad. Modelos del ensayo ideológico hispanoamericano, 1890-1960* (Caracas: Monte Ávila Editores, 1969); Antonio Cornejo Polar, *Sobre literatura y crítica latinoamericanas* (Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1982).

28 Martín López Ávalos, *La clase política cubana o la historia de una frustración: las élites nacionalistas y revolucionarias* (México: Siglo XXI/Gobierno del Estado de Quintana Roo, 2003); Leticia Bobadilla González, "La Organización de los Estados Americanos y la Revolución Cubana: debates, sanciones e intervencionismo, 1959-1964", en *Instituciones y procesos políticos en América Latina. Siglos XIX y XX*, coord. María del Rosario Rodríguez Díaz (México: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo/UAEMEX, 2008), 239-257.

de desarrollo económico expuestas en el programa de la Alianza para el Progreso (1961), que suponían la integración económica de todo el continente y la implementación de reformas sociales para lograr el bienestar social mediante programas como las reformas agrarias; pero, al igual que otros proyectos, estas estrategias fueron debilitadas por el apoyo estadounidense a los golpes militares —Brasil, 1964; Perú, 1968; Bolivia, 1970—; la invasión a República Dominicana (1965) y la oposición a los proyectos de nacionalización de los recursos naturales —Perú, 1963—; que, finalmente, durante los años setenta tomaron la forma de la doctrina de seguridad nacional que implicaría el apoyo a los regímenes militares mediante el endurecimiento de la represión al “enemigo interno”, como puede observarse en el reconocimiento estadounidense a los regímenes surgidos de los golpes militares que se dieron en Bolivia (1971), Chile (1973), Uruguay (1973), Argentina (1976), entre otros.

La coyuntura de los años cincuenta y sesenta llevó a replantear las interpretaciones del pasado y del presente de cada una de las naciones de América Latina, pero también expuso la disyuntiva que pesaba sobre el subcontinente ante la presencia creciente del influjo estadounidense; lo cual planteaba la necesidad de fortalecer la unidad continental que abarcaba las distintas realidades nacionales latinoamericanas. En este aspecto, la escritura de la historia fue puesta a prueba, como parte de un proceso mayor que compelia a todo el ejercicio de la escritura en el subcontinente. El impacto de la Revolución Cubana llevó a plantear el problema de que los intelectuales latinoamericanos definieran un posicionamiento con relación a la Revolución, a favor o en contra. De este modo, y de manera abrupta, el ejercicio de la escritura en general dio un giro fundamental sobre la dinámica fundada en los principios de la profesionalización que se había trazado desde los años veinte. En esta nueva coyuntura, se trataba de conciliar las exigencias de la modernización, los ideales estéticos, la acción política y la propagación de las inquietudes sobre la justicia social promovida por el cambio revolucionario, a partir de lo cual se definió el campo de la escritura en todas sus formas²⁹.

Al mismo tiempo, las interrogaciones por el presente y el futuro de las naciones y el subcontinente latinoamericano ocasionaron toda clase de fricciones entre los distintos diagnósticos propuestos. Los argumentos nacionalistas enfrentaron de nuevo a las propuestas continentalistas. Uno de estos casos se encuentra en las discusiones que se dieron en torno a la proposición para elaborar una historia general de América, promovida por la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia (1928), a partir del proyecto que había propuesto Herbert Eugene Bolton en “The Epic of Greater America” (1933) y que se planteó expresamente en la LVI Reunión de la *American Historical Association* (1941). Estas propuestas generaron respuestas como

29 Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2003), y Carlos Altamirano, “Entre el naturalismo y la psicología: el comienzo de la ‘ciencia social’ en la Argentina”, en *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*, comps. Federico Neiburg y Mariano Plotkin (Buenos Aires: Paidós, 2004), 31-65.

las de Edmundo O’Gorman, “Do The Americas Have a Common History?” (1942), y otras reacciones más que se encuentran recopiladas en la obra de Lewis Hanke, *Do the Americas Have a Common History? A Critique of the Bolton Theory* (1964). En contraste con los alcances editoriales y políticos de este proyecto, hay que considerar los principios científicos que se encuentran detrás de la novedad que hay en la obra auspiciada por Jaume Vicens Vives, *Historia social y económica de España y América* (1957-1959), al igual que en la aparición de obras como *Historia contemporánea de América Latina* (1967) de Tulio Halperin Donghi, y *Gran historia de Latinoamérica* (1972), coordinada por José Luis Romero y Luis Alberto Romero³⁰. La publicación de las obras citadas permite señalar que se debe tener en cuenta que, al mismo tiempo que existía un impulso a proyectos de publicación de historias de América —y en el contexto de la coyuntura internacional dominado por la Guerra Fría y la Revolución Cubana—, en el período entre 1940 y 1970, a lo largo de América Latina se daban los primeros pasos para la profesionalización de los saberes relacionados con las humanidades y las ciencias sociales. Éste es un momento de renovación y reorientación de la institucionalización, que, en el caso de la escritura de la historia, lleva a una renovación del quehacer historiográfico.

En el caso mexicano, por ejemplo, este proceso se encuentra asociado a la apertura del Instituto Nacional de Antropología e Historia (1939), El Colegio de México (1940) y el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México (1945). El trabajo que impulsaron estas instituciones permitió que para los años sesenta ya existiera un cúmulo de conocimientos nuevos que fundamentaban relecturas del pasado nacional, tanto de la Independencia como acerca de la vigencia del proyecto político de la Revolución Mexicana, que serían determinantes para el futuro de la escritura de la historia nacional³¹. En el caso colombiano, durante este período se publicaron las obras de los primeros historiadores profesionales, a través de la creación de la Facultad de Sociología (1959) y de la licenciatura de Historia (1964) en la Universidad Nacional de Colombia; esta novedosa producción introdujo otros marcos de interpretación del pasado nacional en el contexto de una importante difusión de los estudios históricos en el recién ampliado ámbito universitario³².

30 Lewis Hanke, *Do the Americas Have a Common History? A Critique of the Bolton Theory* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1964); Jaume Vicens Vives, *Historia social y económica de España y América*, 5 vols. (Barcelona: Editorial Teide, 1957-1959); Tulio Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina* (Madrid: Alianza, 1969); José Luis Romero y Luis Alberto Romero, dirs., *Gran historia de Latinoamérica*, 6 vols. (s/c.: Editorial Abril Educativa y Cultural, 1972).

31 Stanley Ross, comp., *¿Ha muerto la Revolución Mexicana?* (México: Secretaría de Educación Pública, 1972); Ernesto de la Torre Villar, *La independencia de México* (México: Fundación MAPFRE/FCE, 1992); Álvaro Matute Aguirre, “Orígenes del revisionismo historiográfico de la Revolución Mexicana”, *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia correspondiente de la Real de Madrid* XLI (1998): 153-168.

32 Alexander Betancourt Mendieta, *Historia y nación. Tentativas de la escritura de la historia en Colombia* (Medellín: La Carreta/Universidad Autónoma de San Luis Potosí, 2007), 157-206.

PROBLEMAS ABIERTOS

La tensión planteada por los discursos americanistas de los discípulos de Rodó se dirimió a favor del discurso nacional. En la práctica, será hasta mediados del siglo que la unidad continental como tema resurgirá con fuerza, gracias a un hecho excepcional como la Revolución Cubana (1959), cuyo impacto marcaría una época. Como lo ha manifestado Eric Hobsbawm, ninguna revolución podía estar mejor preparada para atraer a la izquierda del hemisferio occidental y de los países desarrollados al final de una década de conservadurismo general, y para dar una amplia publicidad a la estrategia guerrillera. En especial, porque la Revolución Cubana tenía toda clase de factores a favor: espíritu romántico; heroísmo en las montañas; encabezada por antiguos líderes estudiantiles; y cobijada por un pueblo jubiloso en un paraíso tropical. La Revolución Cubana fue celebrada ampliamente en América Latina y fue acogida por los militantes de izquierda como un ejemplo a seguir que encontró en Cuba un alentador centro de la insurrección continental³³.

La repercusión de los acontecimientos en la isla caribeña agitó los cimientos de todo el subcontinente latinoamericano. En el ámbito de la escritura de la historia, una de las consecuencias de esta oleada revolucionaria fue una nueva propuesta de relectura del pasado nacional. En este aspecto, la escritura de la historia participaba de un proceso mayor que compelia a todo el ejercicio de la escritura en el subcontinente a involucrarse, a favor y en contra, en el análisis de los alcances de la Revolución Cubana. De esta forma, y de manera abrupta, el ejercicio de la escritura en general dio un giro fundamental sobre la dinámica que había trazado desde los años treinta. En esta coyuntura, se trataba de conciliar las exigencias de la modernización, la acción política y la extensión del ideal de la justicia social promovida por el cambio revolucionario, con lo cual se definió el campo de la escritura en todas sus formas. Fue un clima que favoreció el retorno de un viejo problema en las tradiciones latinoamericanas: la exigencia de determinar el valor de la escritura como ejercicio intelectual.

Con el posicionamiento de la escritura en el marco de la sociedad a partir de la creciente importancia concedida al intelectual y a sus producciones específicas, aunado a la creciente voluntad programática de crear un arte y todo tipo de producciones intelectuales políticas y revolucionarias, los intelectuales debían constituirse en portavoces de la urgencia de transformación social. El carácter específico del papel de la escritura en la sociedad es lo que permite plantear la diferencia de la producción de conocimiento histórico en ese momento en el ámbito latinoamericano, del carácter específico de la revisión como parte de las estrategias de renovación permanente del conocimiento científico³⁴.

33 Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX: 1914-1991* (Barcelona: Crítica, 1995), 439.

34 Gabrielle M. Spiegel, "Revising The Past/Revisiting The Present: How Change Happens in Historiography", *History and Theory* 46 (2007): 1-19.

El desgaste del proyecto político encabezado por la Revolución Cubana y la crisis del socialismo soviético dejaron sin sustento las pretensiones libertarias del discurso latinoamericanista impulsado por las promesas identitarias y revolucionarias cobijadas bajo el manto de un mundo dividido entre dos proyectos opuestos. No obstante, si bien persiste la idea de una unidad continental desde principios del siglo XX, los gobiernos latinoamericanos mostraron más interés en acentuar los lazos económicos y estratégicos que fortalecieran el proyecto nacional, en lugar de levantar banderas integracionistas; con una visión pragmática, el énfasis se puso en los esfuerzos por consolidar los proyectos nacionales en un contexto internacional marcado por la Guerra Fría.

La situación del discurso americanista y los caracteres que lo componen parecen muy evidentes. Sin embargo, tiene fases distintas que corresponden a momentos diversos, pero el discurso americanista tiene que ver con una categoría que se formalizó como un lugar común de opinión a través de un proceso que tiene aspectos recurrentes como las citas a Simón Bolívar y José Martí, con lo cual se ha establecido una canonización que de tanto repetirse no necesita ser pensada. En este contexto se puede comprender el sentido de la recurrencia de la tensión a escala nacional, pero también continental, de explicar y comprender la unidad en el marco de la diversidad; lo cual supone la importancia que esta tensión tiene para comprender el desarrollo y el futuro de una disciplina como la historia, y para las ciencias sociales y las humanidades, en general.

Bibliografía

FUENTES PRIMARIAS

PUBLICACIONES PERIÓDICAS:

La Sombra de Zaragoza. Periódico Oficial del Estado. San Luis Potosí, 1867.

DOCUMENTACIÓN PRIMARIA IMPRESA:

Alcaraz, Ramón, Alejo Barreiro, José María Castillo, Félix María Escalante, José María Iglesias, Manuel Muñoz, Ramón Ortiz, Manuel Payno, Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez, Napoleón Saborio, Francisco Schiafino, Francisco Segura, Pablo María Torrescano y Francisco Urquidí. *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos (edición facsimilar de la de 1848).* México: Siglo XXI, 1970.

Arguedas, Alcides. *Pueblo enfermo: contribución a la psicología de los pueblos hispano-americanos.* Santiago de Chile: Ercilla, 1937.

- “Bases de la delegación colombiana para redactar los tratados del Istmo. Panamá, junio de 1826”. En *Documentos sobre el Congreso Anfictiónico de Panamá*, compilado por Germán A. de la Reza. Caracas: Fundación Biblioteca Ayacucho/Banco Central de Venezuela, 2010, 169-177.
- Berlandier, Luis y Rafael Chovell. *Diario de viaje de la Comisión de Límites*. San Luis Potosí: El Colegio de San Luis, 2010 [1850].
- García Calderón, Francisco. *La creación de un continente*. París: Librería Paul Ollendorff, 1913.
- García Calderón, Francisco. *Las democracias latinas de América*. Traducido por Ana María Delaitre Jullian. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1979 [1912].
- García Calderón, Francisco. *Obras escogidas I. El Perú contemporáneo*. Lima: Congreso de la República, 2001.
- Hanke, Lewis. *Do the Americas Have a Common History? A Critique of the Bolton Theory*. Nueva York: Alfred A. Knopf, 1964.
- Haya de la Torre, Víctor Raúl. *El antiimperialismo y el APRA*. Santiago de Chile: Ercilla, 1937.
- Jackson Turner, Frederick. “The Significance of the Frontier in American History (1893)”. En *Rereading Frederick Jackson Turner. The Significance of the Frontier in American History and Other Essays*, editado por John Mack Faragher. Nueva York: Henry Holt and Company, 1994, 31-60.
- Jackson Turner, Frederick. “The Problem of the West (1896)”. En *Rereading Frederick Jackson Turner. The Significance of the Frontier in American History and Other Essays*, editado por John Mack Faragher. Nueva York: Henry Holt and Company, 1994, 61-76.
- Mazo, Gabriel del, compilador. *La Reforma Universitaria. Documentos relativos a la propagación del movimiento en América Latina (1918-1927)*. La Plata: s/e, 1941.
- Ugarte, Manuel. *La nación latinoamericana*. Compilado por Norberto Galasso. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1978 [1901].

FUENTES SECUNDARIAS

- Albarracín, Juan. *Alcides Arguedas: la conciencia crítica de una época*. La Paz: Universo, 1970.
- Altamirano, Carlos. “Entre el naturalismo y la psicología: el comienzo de la ‘ciencia social’ en la Argentina”. En *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*, compilado por Federico Neiburg y Mariano Plotkin. Buenos Aires: Paidós, 2004, 31-65.
- Ansaldi, Waldo. “El imperialismo en América Latina”. En *Historia General de América Latina VII. Los proyectos nacionales latinoamericanos: sus instrumentos y articulación*, editado por Enrique Ayala Mora y Eduardo Posada Carbó. Madrid: Ediciones UNESCO/ Editorial Trotta, 2008, 331-369.
- Betancourt Mendieta, Alexander. “La construcción del pasado nacional en Alcides Arguedas. Convicciones sobre el papel de la escritura”. *Bolivian Studies Journal* 11 (2004): 24-47.

- Betancourt Mendieta, Alexander. "Una mirada al hispanoamericanismo en el siglo XIX: las observaciones de José María Samper". *Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies/ Revue Canadienne des Études Latino-Américaines et Caraïbes* 32: 63 (2007): 111-145.
- Betancourt Mendieta, Alexander. *Historia y nación. Tentativas de la escritura de la historia en Colombia*. Medellín: La Carreta/Universidad Autónoma de San Luis Potosí, 2007.
- Blanco Fombona, Rufino. "La americanización del mundo". En *Ensayos históricos*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1981, 435-448.
- Bobadilla González, Leticia. "La Organización de los Estados Americanos y la Revolución Cubana: debates, sanciones e intervencionismo, 1959-1964". En *Instituciones y procesos políticos en América Latina. Siglos XIX y XX*, coordinado por María del Rosario Rodríguez Díaz. México: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo/UAEMEX, 2008, 239-257.
- Chiampi, Irlemar. "El discurso americanista de los años veinte". *Eco. Revista de la Cultura de Occidente* XXXIII: 203 (1978): 1165-1180.
- Cornejo Polar, Antonio. *Sobre literatura y crítica latinoamericanas*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1982.
- Frazer, Robert W. "The Role of the Lima Congress, 1864-1865, in the Development of Pan-Americanism". *The Hispanic American Historical Review* 29: 3 (1949): 319-348.
- Funes, Patricia. *Salvar la nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos*. Buenos Aires: Prometeo, 2006.
- Gaos, José. *Pensamiento de lengua española*. México: Editorial Stylo, 1945.
- Gilman, Claudia. *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2003.
- González Ortiz, Cristina. "La última frontera". En *Estados Unidos, síntesis de su historia II*, volumen 9. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora/Alianza Editorial, 1988, 49-69.
- Granados, Aimer. "Congresos e intelectuales en los inicios de un proyecto y de una conciencia continental latinoamericana, 1826-1860". En *Construcción de las identidades latinoamericanas. Ensayos de historia intelectual, siglos XIX y XX*, coordinado por Aimer Granados y Carlos Marichal. México: El Colegio de México, 2004, 39-69.
- Gutiérrez Girardot, Rafael. *Modernismo. Supuestos históricos y culturales*. Bogotá: FCE/Universidad Externado de Colombia, 1987.
- Hale, Charles A. "Ideas políticas y sociales en América Latina, 1870-1930". En *Historia de América Latina. 8: América Latina: cultura y sociedad 1830-1930*, editado por Leslie Bethell. Barcelona: Crítica, 1991, 1-64.
- Halperín Donghi, Tulio. *Historia contemporánea de América Latina*. Madrid: Alianza, 1969.
- Hobsbawm, Eric. *Historia del siglo XX: 1914-1991*. Barcelona: Crítica, 1995.

- López Ávalos, Martín. La clase política cubana o la historia de una frustración: las élites nacionalistas y revolucionarias. México: Siglo XXI/Gobierno del Estado de Quintana Roo, 2003.
- López Muñoz, Ricardo. La salvación de la América. Francisco Bilbao y la intervención francesa en México. México: Centro de Investigación Científica Ing. Jorge L. Tamayo A. C., 1995.
- Mainer, José Carlos. "Un capítulo regeneracionista: el hispanoamericanismo 1892-1923". En *La doma de la quimera. Ensayos sobre nacionalismo y cultura en España*. Barcelona: Universitat Autònoma de Barcelona, 1988, 83-134.
- Matute Aguirre, Álvaro. "Orígenes del revisionismo historiográfico de la Revolución Mexicana". *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia correspondiente de la Real de Madrid* XL (1998): 153-168.
- Mommsen, Wolfgang J. La época del imperialismo. Europa 1885-1918. México: Siglo XXI, 2004.
- Palti, Elías. La nación como problema. Los historiadores y la "cuestión nacional". Buenos Aires: FCE, 2003.
- Pérez Vejo, Tomás. "La construcción de las naciones como problema historiográfico. El caso del mundo hispánico". *Historia Mexicana* LII: 210 (2003): 275-311.
- Pérez Vejo, Tomás. "Los centenarios en Hispanoamérica, la historia como representación". *Historia Mexicana* LX: 1 (2010): 7-29.
- Pita González, Alexandra. *La Unión Latino Americana y el boletín Renovación. Redes intelectuales y revistas culturales en la década de 1920*. México: El Colegio de México/Universidad de Colima, 2009.
- Pita González, Alexandra y Carlos Marichal Salinas, coordinadores. *Pensar el antiimperialismo. Ensayos de historia intelectual latinoamericana, 1900-1930*. México: El Colegio de México/Universidad de Colima, 2012.
- Planas, Pedro. El 900. Balance y recuperación. Lima: CIDTEC, 1994.
- Quijada, Mónica. "¿Qué nación? Dinámicas y dicotomías de la nación en el imaginario hispanoamericano". En *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*, coordinado por Antonio Annino y François-Xavier Guerra. México: FCE, 2003, 287-315.
- Rajchenberg, Enrique y Catherine Héau-Lambert. "El septentrión mexicano entre el destino manifiesto y el imaginario territorial". *Journal of Iberian and Latin American Studies* 11: 1 (2005): 1-40.
- Romero, José Luis. "Las ciudades masificadas". En *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. México: Siglo XXI, 1976, 319-389.
- Romero, José Luis y Luis Alberto Romero, directores. *Gran historia de Latinoamérica*, 6 volúmenes. s/c.: Editorial Abril Educativa y Cultural, 1972.
- Ross, Stanley, compilador. *¿Ha muerto la Revolución Mexicana?*. México: Secretaría de Educación Pública, 1972.

- Sampson, Robert D. *John L. Sullivan and His Times*. Kent: The Kent State University Press, 2003.
- Spenser, Daniela, coordinadora. *Especios de la Guerra Fría: Méjico, América Central y el Caribe*. Méjico: CIESAS/SER/Miguel Ángel Porrúa Editor, 2004.
- Spiegel, Gabrielle M. "Revising The Past/Revisiting The Present: How Change Happens in Historiography". *History and Theory* 46 (2007): 1-19.
- Stabb, Martin S. *América Latina en busca de una identidad. Modelos del ensayo ideológico hispanoamericano, 1890-1960*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1969.
- Tejada Ripalda, Luis. "El americanismo: consideraciones sobre el nacionalismo continental". *Cuadernos Americanos. Nueva época* 4: 82 (2000): 180-216.
- Tenorio Trillo, Mauricio. *Artilugio de la nación moderna. Méjico en las exposiciones universales, 1880-1930*. Méjico: FCE, 1998.
- Torre Villar, Ernesto de la. *La independencia de Méjico*. Méjico: Fundación MAPFRE/FCE, 1992.
- Vázquez, Josefina Zoraida. "Relaciones interamericanas e intervencionismo". En *Historia General de América Latina VI: La construcción de las naciones latinoamericanas, 1820-1870*, editado por Josefina Zoraida Vázquez y Manuel Miño Grijalva. Madrid: Ediciones UNESCO/Editorial Trotta, 2003, 501-522.
- Véliz, Claudio, compilador. *Obstáculos para la transformación de América Latina*. Traducido por José Luis Pérez Hernández. Méjico: FCE, 1969.
- Vicens Vives, Jaume. *Historia social y económica de España y América*, 5 volúmenes. Barcelona: Editorial Teide, 1957-1959.
- Villafañe Santos, Luis Claudio. "Las relaciones interamericanas". En *Historia General de América Latina VII: Los proyectos nacionales latinoamericanos: sus instrumentos y articulación*, editado por Enrique Ayala Mora y Eduardo Posada Carbó. Madrid: Ediciones UNESCO/Editorial Trotta, 2008, 311-330.
- Wynen Thomas, Ann Van. *La Organización de los Estados Americanos*. Méjico: UTEHA, 1968.
- Zermeño Padilla, Guillermo. "La política de la Edad del Oropel". En *Estados Unidos, síntesis de su historia II*, volumen 9. Méjico: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora/Alianza Editorial, 1988, 71-86.